MANUEL FERNÁNDEZ DE LA PUENTE

LA DANZA DE LOS VELOS

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANCISCO ALONSO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

LA DANZA DE LOS VELOS

LA DANZA DE LOS VELOS

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

original de

MANUEL FERNÁNDEZ DE LA PUENTE

música del maestro

FRANCISCO ALONSO

Estrenada en el TEATRO MARTÍN, de Madrid, la noche del 25 de febrero de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

TELÉFONO, M 551

1919

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DIANA	SRTA.	PAISANO.
CU-CÚ	SRA.	LABRADOR.
LA NEGRITA		BERRI.
DOÑA CATALINA		COLINA.
DOÑA CORDELIA		LÓPEZ ROMERO.
SOLEDAD	SRTA.	QUIRÓS.
DON ACISCLO	SR.	BRETAÑO.
MINGLANILLA / CRICK		GARCÍA IBÁÑEZ.
DON GREGORIO		MORALES.
PERIQUÍN		HEREDIA.
SILVERIO		ESTELLÉS.
CRACK		MARTÍ.
REMIGIO		PAISANO.
LA SEÑORA DE MINGLANILLA	SRA.	OPELLÓN.
LA SUEGRA DE MINGLANILLA		MARTÍN.
EL REGISSEUR	SR.	GÁLVEZ
UN CAMARERO		JIMÉNEZ.
LOS VELOS VERDES	SRTA.	PAISANO.
		CARRIEDO.
		TORA (G.)
		TORA (E.)
LOS VELOS ENCARNADOS	SRA.	LABRADOR.
	SRTA.	FERNÁNDEZ (J.)
		VERA.
		LÓPEZ.
LOS VELOS BLANCOS		QUIRÓS.
		FÚSTER.
		PACHECO.
		FERNÁNDEZ (F.)
LOS VELOS NEGROS		PRADO.
		PÉREZ.
		SÁNCHEZ.
		GALLARDO (F.)

Niños y Coro general

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de una tienda de compra-venta mercantil en los barrios bajos. Tienda donde se empeña y vende, desde alhajas hasta ropas, colchones, etc., etc. Al foro derecha, escaparate; al foro izquierda puerta de entrada. En ambos costados, anaquelerías con infinidad de objetos distintos, y un pequeño mostrador en cada lado, perpendicular a la batería. En el centro y pendiente del techo, un aparato de luz eléctrica, que no se enciende pues figura ser de día. Delante de cada mostrador, dos sillas. En el costado derecho, una puerta. Preludio corto antes de levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

PERIQUIN y SILVERIO

SILV. (Desde la puerta del foro.) ¿Solo?
PER. Como un hongo.
SILV. ¿Y el principal?
PER. En el segundo.
SILV. Pues aprovechemos.
PER. Desembucha.
SILV. He tenido carta de Cu-cú, diciéndome que ella y Diana quieren que las llevemos mañana al baile de las Odaliscas, del Palas.
PER Pero si yo no tengo dos pesetas.
SILV. Ni yo.
PER. Y a Diana le consta.
SILV. Y a Cu-cú también.
PER. ¿Entonces para qué piden que las llevemos de juerguecita?

SILV. Para que las digamos rotundamente que no, y mandarnos ellas, también rotundamente, a paseo.

PER. ¡Perder a las dos cupleteras más salerosas de Madrid!

SILV. Muy salerosas, pero muy coquetas.

PER. Y muy interesadas.

SILV. ¿De veras crees tú que las perderemos?

PER. Dalas por perdidas.

SILV. Y eso que ignoran que somos dos simples dependientes de comercio.

PER. Oye, el simple lo serás tú.

SILV. ¡Adiós, Séneca!

PER. Hombre, no tanto; pero dime tú, si la estratajema del dolor de muelas no acusa algo de cacumen.

SILV. No sé a qué te refieres.

PER. Pues vas a saberlo. Yo dormía antes en el piso segundo, habitación de los dueños de la tienda, y en vista de que no me dejaban salir de noche, ni los domingos, se me ocurrió fingir un dolor de muelas tan espantoso, que los tuve tres noches sin dormir; y claro, al cuarto día me bajaron la cama a la tienda.

SILV. De donde sales todas las noches para irte de bureo.

PER. Merced a dos llaves que me he mandado hacer, sin que mis amos lo sepan; una de la puerta que comunica con el portal, y otra de la puerta de la calle.

SILV. Qué ajeno estará tu principal de lo que sucede.

PER. ¡Toma, como que me deja encerrado todas las noches!

SILV. ¿Y qué les contestamos a esas?

PER. ¿Tú puedes salir luego?

SILV. Yo duermo en la tienda como tú.

PER. Entonces lo mejor será que a las diez vayamos a verlas al Salón Rojo, y las convenzamos de que no deben asistir al baile de las Odaliscas.

SILV. ¡Cualquiera convence a Cu-cú!

PER. ¡Pues como a Diana se le meta una cosa en la cabeza...!

SILV. Para mí, la única solución es agenciarnos dinero.

PER. ¿Por qué no le dices a tu principal que te adelante algo?

SILV. Porque para no soltar un céntimo me ha interesado en el negocio.

PER. Lo mismo ha hecho el mío.

SILV. Si que están un par de pejes...

PER. Mi principal es el rey de los usureros y de los hipócritas.

SILV. Oye, tú: no le quites al mío la corona.

PER. Conque ya lo sabes; a las diez en punto, a la puerta del Salón Rojo, para subir juntos al cuarto de ellas. Y no se te olvide que soy sobrino y único heredero del marqués de Tres-Torres.

SILV. Y yo del Conde de Siete-picos.

PER. ¡Qué par de titulitos!

SILV. Otra agudeza tuya. (Desde la puerta del foro.)

PER. Y que lo digas. En esto de los títulos, el caso es que suenen bien, que acaben en punta: ¡y me parece que más en punta que Tres Torres y Siete Picos...!

SILV. No te doy un coscorrón, por no entretenerme.

PER. Adiós, hombre.

SILV. Abur. (Se va por el foro.)

ESCENA II

PERIQUÍN y DON ACISCLO

PER. Anda, ¿no es aquella que atraviesa la calle, la vecina del quince? Sí, ella es. ¡Y qué filigrana, San Cucufate!

ACIS. (Por la puerta de la derecha.) ¿Qué haces ahí, Periquín?

PER. Tomando el fresco.

ACIS. Sí, sí, el fresco. ¡Mirando a la primera mujer que pasa por la calle! Huye de la tentación, criatura; el sexo débil es la ruina moral y material del hombre!

PER. ¿Por qué se casó usted entonces?

ACIS. Mi mujer no es mujer: es una penitencia que me impusieron.

PER. Pues ya pecaría usted para que le condenaran a cadena perpetua.

ACIS. Aquello pasó, Periquín.

PER. Son tan bonitas las mujeres...

ACIS. ¡Las odio, las abomino, las detesto! ¡Sirenas engañadoras todas ellas!

PER. ¡Si hubiera usted visto a la vecina del quince...!

ACIS. ¿Cómo, cómo es?

PER. De dieciocho a veinte años; ni alta ni baja; con unos ojos negros, así; con una boca, así; con unas prominencias así; y con unos andares, así. (Andando ridículamente.)

ACIS. ¡Para, hombre, para, que eres capaz de quitarle la ilusión al lucero del Alba!

PER. ¿Ve usted cómo todavía le gustan las mujeres?

ACIS. ¡Quita de ahí, estúpido! Yo soy un hombre casto, un nuevo San Antonio!

ESCENA III

DICHOS, MINGLANILLA. Este señor es un infeliz, completamente derrotado y tirando más a loco que a cuerdo

MING. (Por el foro.) Buenas tardes.

PER. Muy buenas.

MING. ¿El magnánimo propietario de este benéfico establecimiento?

ACIS. Servidor.

MING. Tanto gusto.

PER. (Vaya un tipo.)

MING. ¡Ah, caballero! ¿Qué se figurará usted de mí? Que soy un jugador, un gastador, un derrochador...

ACIS. No, señor.

MING. Buen fisonomista; porque estoy viendo que lee usted en mi cara lo que soy.

PER. (Un pelma.)

MING. Un actor, un eminente primer actor, que después de haber dado *La vuelta al mundo*, cosechando ovaciones, se halla al presente sin contrata en *La ciudad alegre y confiada*, por culpa de *Los intereses creados*.

ACIS. Siento tanto...

MING. ¡Ah, caballero, si usted me hubiese conocido en mis buenos tiempos! Yo he sido *El orgullo de Albacete*, *El asombro de Damasco*, *El pasmo de Sicilia!*

PER. *¡Jesús, María y José!*

MING. Sí, señores, sí: y he dejado amigos y admiradores en todas las regiones de España.

¡Que vayan a preguntar por mí a *Los amantes de Teruel*, a *La señorita de Trevélez*, a *El bobo de Coria*, al *Arcediano de San Gil*, a *El alcalde de Zalamea*, a *La alcaldesa de Hontanares* y *Al verdugo de Sevilla*!

ACIS. ¡Caracoles!

PER. (¡De remate!)

MING. Yo me he codeado con *El conde de Luxemburgo* y *La duquesa del Tabarín*. ¡Por cierto que los conocí en *La corte de Faraon*!

PER. (¡Atiza!)

MING. ¡Pero mi esplendor fué *Flor de un día!* Una noche, lo recuerdo bien: era *La noche del sábado*! Yo que soy un *Alma de Dios*, estaba haciendo *Molinos de viento*, cuando oigo decir a una voz que salía de *El patio...* de butacas: «Ese hombre está loco.» ¿Yo *¡Loco, Dios!* ¡Me había cogido *La garra* de *La envidia*, y desde aquella *Tempestad* de pasiones, promovida por *El terrible Pérez* y *El amigo Melquiades*, dejó de lucir *La llama* de la inspiración y me partió *El rayo!*

ACIS. ¡Zapateta!

MING. Aquella tarde había visto una *Araña azul*.

PER. ¡Recuerno!

MING. Desde entonces para mí *La vida es sueño*: vivo en *La azotea* de una *Casita blanca*, donde brilla por su ausencia *El ascensor* y donde no utilizamos *La cocina* por no haber posibilidad de condimentar *Los gabrieles*. Por eso todas las mañanas se ve a *La bruja* de mi suegra *A la puerta del cuartel*, en espera de *Los rancheros*, y cuenta sus penas, mientras salen éstos, al *Sargento Federico*, al *Cabo primero* y a *Los sobrinos del Capitán Grant!*

ACIS. ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Quiere usted decir de una vez qué desea de mí?

MING. Que me oiga usted hasta el final.

ACIS. ¡Ya es favor, ya!

MING. Caballero, yo tengo diez hijos.

ACIS. Tener es.

MING. *Lluvia de hijos*: tres niñas y siete niños.

ACIS. ¿Y todos de la misma madre?

MING. De distintas madres y distintos pueblos.

PER. Ni *Don Juan Tenorio*.

MING. El joven lo ha dicho. Mi hija mayor es de Jaca, provincia de Huesca; la segunda, de

Mula, provincia de Murcia; y la tercera puede afirmarse que es de Cabra.

ACIS. Provincia de Córdoba.

MING. No, señor: digo que puede afirmarse que es hija de cabra, porque la hemos criado con biberón.

ACIS. ¡Recontratulipán!

PER. ¿Y de dónde son los sietes niños?

MING. *Los siete niños de Ecija.*

ACIS. ¡Ea, o acabe usted de una vez, o salga inmediatamente de aquí!

MING. ¿Está usted convencido de que soy una especie de *Don Alvaro o la fuerza del sino?*

ACIS. Lo estoy.

MING. ¿De que me hallo, como quien dice, *En el seno de la muerte?*

ACIS. ¡Sí, hombre, sí!

MING. Pues a ver qué me da usted por este *reloj*, que no es el de *Lucerna* precisamente, pero que es un reloj.

ACIS. ¡Si no anda!

MING. ¡Pues si anduviera, dónde estaría ya!

ACIS. Puede usted guardárselo: no doy un céntimo.

MING. Mire usted que necesito el dinero para bautizar al último de mis hijos, que cuenta seis meses y aún no ha entrado en el seno de la iglesia.

ACIS. Haga usted el favor de dejarme en paz.

MING. ¿Va usted a consentir que siga *El niño judío*?

ACIS. ¡Llama a un guardia, Periquín!

MING. Señor Periquín, no se moleste: cedo ante *La fuerza bruta*; pero tenga la bondad de decirme qué objetos son los que se admiten a empeño en este establecimiento.

ACIS. Todos los que tengan algún valor y especialmente, joyas.

MING. Está bien: le traeré a usted *La joya de la casa.* (Yendo hacia el foro.)

PER. Y no se nos venga usted con una nueva canción.

MING. Me olvidaré hasta de *La canción del olvido.*

ACIS. ¡Incorregible!

MING. (Se va cantado.)

¡Soldado de Nápoles
que vas a la guerra...!

ESCENA IV

DON ACISCLO y PERIQUIN

PER. ¡Pero ese hombre está chiflado!
ACIS. Completamente.
PER. ¡Y dice que va a volver!
ACIS. Cuando vuelva, sales a llamar a la pareja.
PER. ¿Le parece a usted que suba a comer?
ACIS. Sí, hombre: pues poco que me lo encargó mi mujer. Ya verás qué sopa nos ha puesto hoy.
PER. ¿De perdigones como ayer?
ACIS. No, de estrellas, los perdigones son hoy los garbanzos.
PER. Bajo en seguida.
ACIS. Si, sí; como te empeñes en masticarlos, ni en dos horas. (Se va Periquín por la derecha.)

ESCENA V

DON ACISCLO, DIANA y CU-CÚ

Música

DIANA / CU-CÚ } Buenas tardes.
ACIS. Buenas tardes.
(Qué dos hembras, santo Dios.)
DIANA Anda, chica.
CU-CÚ Tú primero.
ACIS. (Son guapísimas las dos.)
DIANA Pues venimos...
CU-CÚ Pues venimos ..
ACIS. Sin temor pueden hablar.
DIANA Pues venimos con objeto...
CU-CÚ Con objetos que empeñar.

—

ACIS. ¿Y siendo tan bonitas
así se ven?
DIANA Amor es un tirano.
CU-CÚ Dices muy bien.
ACIS. Vengan, pues, esos objetos
que desean pignorar.

DIANA — Dos mantones de Manila
de primera calidad.

(Cada una trae un mantón de Manila envuelto en un periódico.)

CU-CÚ — Fíjese que peso tiene.

(Por el suyo que deslía.)

DIANA — Este mío es superior. (Idem.)

ACIS. — No es posible así tasarlos.
Verlos puestos es mejor.

—

DIANA / CU-CÚ — Si no hay otro remedio,
me lo pondré.

(Se ponen los mantones.)

ACIS. — Estaba por gritarles...
¡Alza y olé!

I

DIANA / CU-CÚ — Luciendo el mantón airoso,
cuántos triunfos he logrado,
lo mismo yendo a la playa
que cantando en un tablado.
Porque, aparte la belleza,
que ya en sí tiene el mantón,
este cuerpo y esta cara
hay que ver con atención.

—

¿Le gustan, le gustan,
le gustan los mantoncitos?

ACIS. — Y los cuerpos que los lucen
que son mucho más bonitos.

ELLAS — ¡Aparte, aparte!

ACIS. — ¡Qué clase más superior!

ELLAS — Pues debajo hay otra tela
que es muchísimo mejor.

II

DIANA / CU-CÚ — Adiós, mantoncito mío,
prenda de mis alegrías,
que como brazos amantes
a mi cuerpo te ceñías.
Tú que sabes con la pena
que a dejarte voy aquí,
pide a Dios, como yo pido
volver pronto junto a mí.

—

Le gustan, le gustan
etc., etc.

Hablado

DIANA Conque, ¿valen o no los mantoncitos?
ACIS. ¿Me permite usted que me fije bien?
DIANA ¿Aún más?
ACIS. Es que me parecía que el de usted estaba picado; pero no; es una arruga. (Le pasa la mano por la región glútea.)
DIANA (Apartándose.) Haga usted el favor, que no estamos en el cine.
ACIS. Y este otro, se me figura que tiene estropeado el fleco.
CU-CÚ ¿Por dónde?
ACIS. Vuélvase y se lo diré.
CU-CÚ Mejor lo verá usted en la mano.
DIANA Bueno, ¿y qué nos da usted de empeño por los dos?
ACIS. ¿Por los dos? Cien pesetas.
CU-CÚ ¡Sí que se ha corrido el amigo!
ACIS. Cien pesetas, puestos sobre el mostrador; pero puestos sobre esos divinos hombros, lo que a ustedes les haga falta. (Muy recalcado.)
DIANA ¿De veras?
CU-CÚ ¡Ay qué gracia! (Riéndose mucho.)
ACIS. Vamos a ver. ¿Tanta necesidad tienen ustedes de dinero?
DIANA La verdad es que no se trata más que de un capricho.
CU-CÚ Afortunadamente.
ACIS. ¿Y puede saberse qué caprichito es ese?
DIANA ¡Por qué no! Alquilar dos buenos trajes, para ir mañana al baile de las Odaliscas del Palas.
CU-CÚ Y cenar allí.
ACIS. Y... ¿si un hombre serio, mejor dicho, dos, tuviesen gusto en convidar a ustedes?
DIANA Es que nosotras pensábamos...
CU-CÚ (Calla, tonta.)
ACIS. Si tienen ustedes algún compromiso formal, no he dicho nada.
CU-CÚ No, como compromiso formal ninguno. ¿Verdad, tú, que no media ninguna formalidad?
DIANA Justo, nada de formalidad.
ACIS. ¡Oh, dicha! Pues entonces, si a ustedes les parece, esta misma noche, a las diez y media, podemos ponernos de acuerdo en cualquier sitio.

Cu-cú En el Salón Rojo.
Acis. ¡Ah! ¿Pero ustedes son?...
Diana Yo, la bella Diana.
Cu-cú Y yo, la gentil Cu-cú.
Acis. Ya quería parecerme a mí que las había visto a ustedes en alguna parte.
Diana Cantando couplets.
Acis. Pues nada, nada; a casa otra vez con los mantoncitos y hasta la noche, arrogantes cupleteras.
Cu-cú ¡Es usted un prestamista ideal!
Acis. ¡Comerciante, llámeme comerciante!
Cu-cú ¡Pues viva el comercio!
Diana ¡Viva!
Acis. ¡Viva la hermosura! (Sin gritar.)
Diana Adulador.
Cu-cú Que no falte usted.
Acis. Antes moro.

(Se van por el foro las señoras acompañándolas don Aciscle hasta la puerta.)

ESCENA VI

DON ACISCLO y DON GREGORIO

Acis. Deseando estaba que se largasen, porque si se le ocurre a mi costilla darse una vuelta por la tienda me luzco.
Greg. ¡Acisclo, Acisclo! (Por el foro.)
Acis. ¿Qué hay?
Greg. ¿Estás solo?
Acis. Ya lo estás viendo.
Greg. Pues vengo a decirte, querido compañero de comercio y de orgías, que mañana es el baile de las Odaliscas en el Palas y que no podemos faltar a él.
Acis. Correo cojo.
Greg. ¿Cómo?
Acis. ¿Y si yo te dijera que no solamente había ya pensado en ello, si no que además tenía una encantadora pareja para cada uno?
Greg. ¿Eh?
Acis. Cosa super, chico. La bella Diana y la gentil Cu-cú.
Greg. Eres un mago.
Acis. ¡Ya verás qué Diana tan espléndida y, sobre todo, qué Cu-cú, qué Cu-cú!

GREG. Parece que estás jugando al escondite.

ACIS. Oye, haz el favor de largarte que mi mujer bajará de un momento a otro, y si te ve a hora desusada, puede sospechar alguna cosa.

GREG. ¿Y cuándo nos vemos para ponernos de acuerdo?

ACIS. Esta noche, a las diez y media me esperas a la puerta del Salón Rojo.

GREG. No faltaré. Adiós. (Se va por el foro.)

ACIS. Hasta luego. Este Gregorio es un buen compañero de francachelas; tratándose de diversiones, no repara en gastos; y yo... claro, no voy de guagua, pero como además pongo las ideas, justo es que él ponga más dinero que yo.

ESCENA VII

DON ACISCLO y PERIQUIN

PER. Ya he despachado el coci.

ACIS. ¿Y qué tal los gabrieles?

PER. Completamente perdigones.

ACIS. ¿Cómo tienes así esos maniquíes?

PER. Porque como anoche se vendieron los mantones de Manila que tenían...

ACIS. Pues hay que sacar dos de los mejores y ponérselos.

PER. Ahora mismo.

ACIS. Espérate a ver qué quieren estos tipos. (Por los que aparecen a la puerta del foro.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA NEGRITA, CRACK y CRICK. Tres excéntricos de varietés, en traje de calle, lo más llamativo posible

CRACK *¡Señogues!...*

ACIS. Servidor de ustedes.

PER. Pasen adelante.

CRICK ¿Ser esta casa donde dar plata por objetos valerosos?

ACIS. Valiosos.

CRACK Yes, valiosos.

ACIS. Aquí es. ¿Desean ustedes vender alguna cosa?

CRICK Vender, no.
ACIS. ¿Empeñar?
CRACK Yes. Empeñar.
ACIS. Pues venga lo que sea.

(Crack deslía unos zorros que traía envueltos cuidadosamente, Crick un plumero y la negrita una escoba.)

CRICK Con *mocho gosto*.
ACIS. (Viendo los objetos.) ¡Eh!... ¿Y esos son los objetos que vienen ustedes a empeñar?
CRACK Yes.
ACIS. ¿Pero han entrado ustedes a burlarse?
CRICK Despasio; nosotros ser excéntricos musicales, y estos los instrumentos de *trabaco*. Estar esperando contrata circo ecuestre y cuando recibir anticipo, vendremos desempeñarlos.
ACIS. ¿Tan mal se encuentran ustedes?
CRICK Estar mala suerte.
CRACK Tener la negra.
ACIS. ¿Y suenan esos instrumentos domésticos?
CRICK Mocho, mocho.
CRACK ¿Querer *osté* convencimiento?
ACIS. ¡Vaya si quiero!
CRICK ¡Atensión! *¡Guay, say, may, fiday!*
ACIS. (A Periquín.) (¿Qué ha dicho?)
PER. (Un camelo muy grande.)

NEG. Cuplet de la negrita Rosalía,
que pasarse bailando todo el día.

Música

I

NEG. Cuando al alba la negra Rosalía
en su casa barría y sacudía,
a su puerta llegaba un pastorcillo
a tocar a la negra el caramillo.

(Figura que Crick toca el caramillo con el plumero. Mímica de la negra.)

NEG. Y al escuchar el grato son,
era de ver su animación.

CRICK / CRACK } Y su manera de barrer,
era también digna de ver.

(Figura que Crick vuelve a tocar el caramillo con el plumero y baila la negrita exageradamente, figurando que barre al mismo tiempo.)

II

NEG. Por la tarde y estando en la cocina,
restregando los platos en la tina,
Antolín, sacristán de buen cogote,
iba a darla un concierto de fagote.

(Crack ha cogido la escoba y figura que con ella toce el fagot. Mímica de la Negra, como si estando en la faena de fregar, oyese la música.)

NEG. Y la neguita al escuchar
aquel concierto singular...

CRICK / CRACK } No se podía contener
y su faena era de ver.

(Crack vuelve a tocar el fagote y baila la Negrita, figurando que al propio tiempo está fregando platos.)

III

NEG. Poco antes de la hora de retreta
iba a verla un muchacho que es corneta,
y entre tanto la cena ella servía
él soplaba más fuerte cada día.

(Crick figura tocar la corneta con los zorros. Mímica de la Negrita al oir la corneta.)

NEG. Y aquellas notas al oir,
era de verla a ella servir.

CRICK / CRACK } Y hasta sus amos, sin querer,
no se podían contener.

(Los tres tocan y bailan al mismo tiempo. Crick, el caramillo con el plumero; Crack, el fagot con la escoba y la Negrita, la corneta con los zorros.)

Hablado

PER. Pero que muy bien.
ACIS. ¿Y qué quieren ustedes por esos instrumentos?
CRACK Sesenta dollares.
PER. ¿Eh?
CRICK Duros.
ACIS. Pues yo no puedo dar más que treinta beatas...
CRACK ¿Qué es ser beatas?
NEG. Pelañés.
ACIS. ¡Caramba! ¿Pero la negrita no es tambien extranjera?

CRICK — La negrita ser de Santo Domingo.
ACIS. — ¿Y en Santo Domingo se sabe lo que son beatas y pelañés?
NEG. — Anda el hombre. ¡Lástima que no se supiera eso en la plaza de Santo Domingo!
ACIS. — ¡Madrileña y negra!
NEG. — ¡Hija del señor Teótimo el carbonero!
PER. — ¡Y dicen que tienen la negra! ¡Lo que tienen es la tizná!
ACIS. — Bien, bien. ¿Hacen las treinta pelañés?
NEG. — Hacen.
ACIS. — Pues extiende la papeleta, Periquín.
PER. — Allá voy.
ACIS. — Y ustedes. ¿de dónde son?
NEG. — El señor, (Por Crack.) bautizado allá, en San Francisco.
ACIS. — ¿En San Francisco de California?
CRACK — En San Francisco el Grande.
CRICK — El de las Californias es un servidor.
ACIS. — ¿Y por qué se fingen ustedes extranjeros?
CRACK — Toma, porque si supiera el público que somos españoles, les haríamos menos gracia.
PER. — La papeleta y el dinero.
CRICK — Estimando y hasta más ver.
CRACK — Y tengan ustedes cuidado con los instrumentos.
CRICK — *Miste, quiste, fiste.*
ACIS. — ¿Y eso qué quiere decir?
NEG. — Que queden ustedes con Dios.
ACIS. — Pues... *guaste, maste, flaste.*
CRACK — ¿Y eso qué significa?
ACIS. — Que yo también sé decir camelos.
NEG. — ¡Olé por los prestamistas barbianes!
CRACK — ¡Arreando!
CRICK — ¡Saluqui! (Se van por el foro.)

ESCENA IX

DON ACISCLO y PERIQUÍN

PER. — ¿Qué tres tipos, eh?
ACIS. — Lástima que tizne la negra.
PER. — ¿Ve usted como hasta las negras le llaman la atención?
ACIS. — ¡Si lo digo por ellos, hombre!
PER. — Vaya, voy por los mantones.

ACIS. Tráete los dos mejores que haya. (Se va Periquín por la derecha.) Como ya han empezado los bailes de máscaras, es artículo que pudiéramos decir de actualidad.

ESCENA X

DON ACISCLO y SOLEDAD

SOL. (Chula guapa, por el foro.) Buenos días.
ACIS. Felices. (¡Recontra, hoy se dan monumentos!)
SOL. ¿Tiene usted la bondad de decirme cuánto me daría de empeño por esta pulsera de oro? (La lleva puesta.)
ACIS. ¿Me permite usted que la toque?
SOL. ¡Eh!
ACIS. Digo la pulsera.
SOL. Ya, ya me lo figuro.
ACIS. Tocarla a la piedra, para ver si realmente es oro.
SOL. A la vista está, hijo. Fíjese usted en el contraste.
ACIS. ¡Dios mío, qué contraste, qué contraste entre el amarillento metal y la sonrosada piel! ¡Y qué bello, digo, qué bella alhaja!
SOL. ¡Eh, eh, las manos quietas, señor mío!
ACIS. Es que como el oro resbala, sabe usted...
SOL. Bien, bien, ¿y qué da usted por ella?
ACIS. Según el peso; pero arriba de diez pesetas, no será posible.
SOL. ¡Qué atrocidad! ¿Y por esta cadena? (Saca una del bolsillo.)
ACIS. ¿De oro también?
SOL. De oro.
ACIS. ¿Es para el cuello, verdad?
SOL. Sí, señor.
ACIS. Se la pondré a usted, porque así no tiene vista.
SOL. Me la pondré yo.
ACIS. Como usted guste.
SOL. Y dígame de una vez qué da por las dos cosas que no estoy para perder el tiempo.
ACIS. Pues doy por las dos cosas, puestas sobre el mostrador, quince pesetas, y puestas donde están, lo que a usted le dé la real gana. (Recalcado.)

SOL. Eso será una guasita de usted.
ACIS. Eso es el Evangelio.
SOL. ¿De veritas?
ACIS. Pida usted por ese nido de perlas, cachito de gloria. (Abrazándola.)
SOL. ¡So tío indecente, so grosero!
ACIS. ¡Señorita!
SOL. ¿Pero por quién me ha tomado usted a mí?
ACIS. ¿Yo?...
SOL. ¡Ay, en cuanto se entere Remigio! ¡Porque se lo cuento, ya lo creo que se lo cuento!
ACIS. ¡Oiga usted, joven!
SOL. ¡Ya se lo dirá usted a mi hombre, so tío guarro!
ACIS. ¿Pero me quiere usted escuchar?
SOL. ¡Por estas que se acuerda usted de mí! (Se va por el foro corriendo.)
ACIS. ¡Caramba, ni la Casta Susana!

ESCENA XI

DON ACISCLO y PERIQUIN. A poco MINGLANILLA

PER. Aquí traigo los dos mejores ejemplares de la casa. (Trae dos mantones de Manila que coloca en los maniquíes.)
ACIS. Ojo con ellos, Periquín.
PER. Descuide usted. ¡El que a mí me la dé!...
ACIS. ¡Pues a mí, no te digo nada!
MING. (Por el foro, con un saco.) Aquí estoy de vuelta.
PER. (¡Rechuflas, el loco otra vez!)
MING. A ver si esto es de su agrado.
ACIS. ¿Y qué es eso?
MING. *¡La joya de la casa!*
ACIS. Veamos ese objeto precioso.
MING. (A Periquín.) Haga usted el favor, joven: yo abro el talego y usted lo saca con mucho cuidadito.
PER. Vamos allá.
MING. ¡A una, a dos, a tres!
(Periquín mete la mano en el talego y la saca instantáneamente, dando un alarido de dolor.)
PER. ¡¡Ay!!
ACIS. ¡Qué te sucede?
PER. ¡Que me ha arañado la joya!
ACIS. ¿Pero se ha traído un gato el tío este?
MING. La joya de la casa.

ACIS. ¡Vaya usted a que lo zurzan!
PER. ¡Y vaya unas uñitas que tiene la joya!
MING. ¡Pues si viera usted las que tiene mi suegra!
ACIS. ¡A la calle, a la calle!
MING. ¡Ah, qué veo! ¡Una escoba, un plumero, unos zorros!... ¿Admiten ustedes también objetos caseros?
ACIS. ¡Alto, alto, que esos objetos caseros suenan, dan música!
MING. Bien, bien. ¿Quiere decir entonces que dando música son empeñables?
ACIS. Quiere decir que se largue usted y no vuelva más por aquí.
MING. Dentro de diez minutos soy con ustedes. (Se va por el foro.)
PER. ¡Qué tío!
ACIS. Nada, que como no se lo lleven a Leganés, nos hemos caído.

ESCENA XII

DON ACISCLO, PERIQUIN y DOÑA CATALINA

CAT. ¿A quién dices que debían llevarse a Leganés, Acisclo?
ACIS. (A ti.)
PER. A un tío loco que nos está mareando.
CAT. Tú, en no siendo chicas guapas, no te gusta despachar a nadie.
PER. No lo crea usted.
CAT. ¡Calla, calla! ¡Pervertido!
ACIS. No será por los ejemplos que ve en mí.
CAT. Sí, hijo, sí; gracias que tú...
ACIS. Yo con las mujeres poca conversación: derecho al negocio y nada más.
CAT. Aprende de tu amo, Periquín.
PER. Ya, ya le imito todo lo que puedo.
CAT. Ea, voy a ver a la mujer de Gregorio. ¡Qué buen marido es también Gregorio!
ACIS. Un santo: las noches que salimos juntos, no sabemos hablar más que de vosotras: sois nuestra pesadilla.
CAT. Bien decía mi mamá que en la lotería del amor, el premio gordo para la mujer era encontrar un buen marido; y yo tuve esa suerte.
ACIS. Gracias, Catalinita.
PER. ¿Dice usted que el amor es una lotería?

CAT. No te quepa duda: y con los mismos premios.

PER. Justo: gordo, aproximaciones y chicos.

CAT. Hasta luego.

ACIS. Adiós.

CAT. ¿Irás a recogerme a la novena?

ACIS. Iré.

CAT. Mírate en ese espejo, Periquín.

PER. ¿En cuál?

CAT. En ese espejo de hombres y de maridos. (señala a su marido, que se inclina, quitándose la gorra, y dejando ver una calva grande y reluciente.)

PER. Sí que es mucha luna, sí, señora.
(Se va Catalina por la puerta del foro.)

ESCENA XIII

DON ACISCLO, PERIQUIN; luego REMIGIO y SOLEDAD

ACIS. Ve guardando esos objetos, mientras yo tomo nota de los vencimientos de hoy.

PER. Yo acabo en un vuelo: mejor será que se espere usted y le ayudaré.
(Don Acisclo, queda tras el mostrador de la derecha y Periquín tras el de la izquierda.)

REM. (En la puerta del foro.) ¿Es aquí?

SOL. Aquí es.

ACIS. (¡San Cucufate! La de la pulsera con su hombre!)

REM. Espérame ahí, Sole. ¡Buenas tardes!

PER. Muy buenas. ¿Qué deseaba usted?

REM. ¡Meterle una bala en el cráneo al miserable que ha atentado contra el pudor de mi conyuga! (Apuntando con un revólver a Periquín.)

PER. ¡Caballero, que yo no he sido!

REM. Entonces habrá sido el señor.
(Apunta a don Acisclo.)

ACIS. ¿Yo?... ¡Yo soy un hombre serio!

REM. Pues en la duda, para los dos hay.

ACIS. ¡Vea usted lo que hace, caballero!

REM. Ya pueden ustedes ir encomendando su alma a Dios.

ACIS. ¡Avisa a un guardia, Periquín!

REM. Al que se mueva, lo abraso!

PER. ¡Avíselo usted!

ACIS. ¡Esto es un atropello!

PER. ¡Un infanticidio!

REM. ¡A una, a dos, a tres!

ACIS. }
PER. } ¡Ah!

(Se dejan caer, resguárdándose tras los mostradores.)

REM. Está bien: ¿para qué voy a molestarme? No tengo prisa; me siento y ya sacarán ustedes la cabeza; pasa, Sole, y siéntate tú también. Hay para rato. (Se cerciora de que los otros no le ven: hace ruído con una silla, como si se sentara; coge tres o cuatro estuches que habrá sobre uno de los mostradores; dos mantones de Manila que puso a los maniquíes Periquiu; se guarda él los estuches; da los mantones a Soledad, que los esconde bajo el suyo de flecos y muy despacito y haciendo señas a Soledad de que no haga ruido, desaparecen los dos por la puerta del foro.)

ESCENA XIV

DON ACISCLO, PERIQUIN, a poco MINGLANILLA, su mujer, su suegra y cuatro de sus niños

ACIS. (¡Y ese energúmeno es capaz de estarse ahí toda la tarde.)

PER. (No... no me llega la camisa al cuerpo.)

ACIS. (¡Si yo pudiera escurrirme!)

PER. (Cual... cualquiera se atreve a moverse.)

(Aparece en la puerta Minglanilla con su familia: mira al interior de la tienda, ve que no hay nadie y hace señas a todos de que se callen y le sigan: todos traen perolas, sartenes y tapaderas de metal en la mano izquierda y en la derecha badilas, tenazas, cazos, etc Ya en el centro de la escena, Minglanilla alza un dedo, luego dos y luego tres, y en ese mismo momento, rompen todos a tocar y la orquesta también.)

ACIS. }
PER. } ¡¡Ah!!

(Caen al suelo horrorizados y creyendo que se les viene el mundo encima.)

Música

MING. Y FAMILIA ¡Suenen las sartenes,
suenen las perolas
y las tapaderas
y las cacerolas!

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

El cuarto de Diana y Cu-cú en el Salón Rojo. Habitación cerrada, con una sola puerta, practicable, al foro. En cada pared lateral, un tocador con espejo y brazos de luz eléctrica, en la misma forma que se usan en los cuartos de las artistas. Percheros con trajes. Delante de cada tocador, un paraban pèrpendicular a la batería y lo suficientemente grandes para que detrás de ellos se resguarden dos personas. Dos butacas pequeñas en el centro de la escena. Cuatro sillas: una delante de cada paraban y otra detrás. Pendiente del techo, uua bombilla de luz eléctrica, esmerilada, con pantalla modernista de tela. Las luces, encendidas.

ESCENA PRIMERA

DIANA y CU-CÚ

Cada una de ellas sentada en una butaca y cambiándose el calzado de la calle por otro para salir a escena. Están a medio vestir, con enagua y cubre-corsé

DIANA Y el marquesito, sin contestar.

CU-CÚ Y el condesito sin parecer.

DIANA No puede estar más claro que no tienen un céntimo.

CU-CÚ ¡Si no se puede tener relaciones con hijos de familia!

DIANA Y a mí que me gusta tanto Periquín...

CU-CÚ Y a mí Silverio...

DIANA Está tan enamorado...

CU-CÚ Me quiere de un modo...

DIANA Es tan expresivo...

CU-CÚ Tan ingenuo...

DIANA ¿Pero vamos a quedarnos por culpa de ellos sin ir al baile de las Odaliscas?

CU-CÚ ¿Sin optar al premio de las mil pesetas?

DIANA ¡De ninguna manera!

CU-CÚ ¡Claro que no!

DIANA Porque figúrate tú que reclamo para nosotras, si pasado mañana dijera la prensa: «Anoche en la fiesta del *Palas* obtuvieron el premio de honor, interpretando la danza de los velos, las celebradas artistas del Salón Rojo, Diana y Cu-cú.»

Cu-cú	Nada, nada, no hay más remedio que aceptar el ofrecimiento del simpático prestamista.
Diana	Lástima que sea tan viejo.
Cu-cú	Y tan feo: por eso le llamo simpático.
Diana	Ya estoy calzada.
Cu-cú	Y yo.
Diana	¿Te parece que vayamos vistiéndonos?
Cu-cú	No hay prisa: acaba de empezar la primera parte y no trabajamos hasta la segunda.
Diana	Pero como quedó en venir a las diez y media el distinguido comerciante, mejor será que nos pille vestidas.
Cu-cú	A él, seguramente, le gustaría más pillarnos de otro modo; pero tienes razón, vamos a vestirnos.
Diana	¿Y si por una casualidad vinieran los otros, qué les decimos?
Cu-cú	Lo mejor será fingir que estamos muy enfadadas con ellos, para que se larguen de una vez.
Diana	¿Reñir para siempre?
Cu-cú	No, mujer: por cuarenta y ocho horas nada más: hasta que pase el baile.
Diana	Conformes.
Cu-cú	Pues a vestirnos.
Diana	A vestirnos.
	(Diana va al tocador de la derecha y Cu-cú al de la izquierda y empiezan a pintarse.)

ESCENA II

DICHAS, PERIQUIN y SILVERIO

Per.	(Dentro.) ¿Se puede?
Diana	Adelante.
Per.	¡Diana de mi vida! } (A un tiempo.)
Silv.	¡Cu-cú de mi corazón! }
Diana	¡Quieto ahí! } (A un tiempo.)
Cu-cú	¡Ni un paso más! }
Diana	Estoy vistiéndome.
Cu-cú	No estoy visible.
Per.	Alárgame la mano siquiera.
Silv.	Déjame que te bese un dedito.
Diana	Me tienes disgustadísima.
Cu-cú	Estoy muy enfadada contigo.
Per.	Y todo por el capricho del baile.

SILV. ¿Insistes aún en lo del Palas?
DIANA ¿Me llevas o no?
CU-CÚ ¿Vamos al baile, o no vamos?
PER. ¡Pero Diana!...
SILV. ¡Pero Cu-cú!...
DIANA ¡Eres muy poco complaciente conmigo!
CU-CÚ ¡Ni me quieres, ni me has querido nunca!
PER. Oye.
SILV. Atiende.
DIANA ¡No quiero oirte!
CU-CÚ ¡Hemos concluído!
PER. (A Silverio.) ¿Tú ves esto?
SILV. (A Pedro.) ¿Tú has oído?
DIANA (Pobre muchacho.)
CU-CÚ (Me da lástima.)
PER. ¡Sí que era grande tu amor!
DIANA ¡Más que el tuyo!
SILV. ¡Sí que era firme tu cariño!
CU-CÚ ¡Mira quién habla de firmeza!
PER. ¡Falsa!
SILV. ¡Perjura!
DIANA ¡Tonto!
CU-CÚ ¡Majadero!
PER. / SILV. ¡Hasta nunca!
DIANA / CU-CÚ ¡Adiós!

(Pausa grande.)
(Ellos se miran el uno al otro y resignados se deciden a irse. Al llegar a la puerta del foro, se oye tocar en ésta con los nudillos, y se detienen. Ellas continúan pintándose.)

ESCENA III

DICHOS, DON ACISCLO y DON GREGORIO

ACIS. (Dentro.) ¿Hay licencia?
PER. (¡Eh?...)
SILV. (¿Quién será?)
DIANA / CU-CÚ (El prestamista.)
ACIS. ¿Hay licencia?
PER. (Yo conozco esa voz.)
(Mira por el ojo de la cerradura.)
DIANA (¿Se habrán ido esos?)
CU-CÚ (¿Estarán esos ahí?)

PER. ¡El diluvio universal!
SILV. ¿Que pasa?
PER. ¡Tu principal y el mío!
ACIS. ¿Se puede pasar, señoritas?
(Llamando más fuerte.)
DIANA (Hay que ver si están.)
CU-CÚ (Hay que ver si se han ido.)
PER. SILV. } (Yo me pongo en salvo.)

(Ellas, se sube cada una en la silla que hay tras el parabán, dando cara al público y al mismo tiempo, ellos pasan donde están ellas, por el sitio a que ellas dan la espalda, y por tanto no los ven entrar.)

DIANA CU-CÚ } (Mirando por encima del parabán y al ver que no están en el centro de la escena sus novios.) ¡Se fueron! ¡Adelante!
PER. SILV. } (Al verlas sobre las sillas.) ¿Eh?...

Música

ACIS. GREG. } (Entrando.) Muy buenas noches.
DIANA CU-CÚ } Muy buenas noches.
ACIS. GREG. } Se están vistiendo. (Sin verlas.)
DIANA CU-CÚ } Pueden pasar.
ACIS. GREG. } (Si me atreviera...) (Buscando algún agujero en el parabán.)
DIANA CU-CÚ } (Qué desahogados.)
ACIS. GREG. } No se den prisa por terminar. (Yo me decido.)
(Coge cada uno una silla, que pone junto al parabán.)
DIANA CU-CÚ } (¿Qué es lo que intentan?
PER. SILV. } (Los dos abuelos, a qué vendran?)
DIANA CU-CÚ } (No nos han visto.) (Escondiendo la cara.)
ACIS. GREG. } (Subiéndose en las sillas.) (Soy un Tenorio!)
DIANA CU-CÚ } ¡Plancha, mi amigo!
ACIS. GREG. } ¡Fenomenal!

(Al subir ellos, e intentar asomarse por el parabán para verlas, alzan ellas la cabeza y se encuentran cara a cara: sorpresa de ellos.)

—

DIANA
CU-CÚ — Baje de la silla
que eso no está bien.

ACIS.
GREG. — Esto es la impaciencia,
no lo dude usté.

DIANA
CU-CÚ — Si desciende, al punto
le perdonaré.

ACIS.
GREG. — Sea como quiere.
(Bajando de las sillas.)

DIANA
CU-CÚ — Yo lo haré también.
(Idem.)

(Al bajar ellas de las sillas, las abrazan los novios.)

—

DIANA
CU-CÚ — ¡Ay!

ACIS.
GREG. — ¿Qué les sucede?
¿Se han hecho daño?

DIANA
CU-CÚ — ¡No!
¡Eres un tunante! (A su novio.)

PER.
SILV. — ¡Cállate, por Dios!
¡Mira que es mi... tío!

DIANA
CU-CÚ — ¿Que es tu tío?

PER.
SILV. — Sí.

DIANA
CU-CÚ — ¡Ay qué gracia tiene!

PER.
SILV. — ¡No me la hace a mí!

—

ACIS.
GREG. — Permítame, hermosa cupletera,
que pase la frontera
que quise yo asaltar,
o asome usted su rostro soberano,
o bien su linda mano
concédame besar.

(Durante esto, ellas se ponen un kimono cada una,)

DIANA
CU-CÚ — Espérese, amable comerciante,
que tengo en este instante
urgente ocupación;
de aquí saldré, cuando haya terminado
y espere usted sentado
que es buena posición.

PER.
SILV. — Perdóname, hermosa cupletera,
que un tío yo fingiera

de la alta sociedad,
y yo te haré, y juro que no es guasa
la reina de mi casa
si me amas con lealtad.

—

DIANA / CU-CÚ — ¡Déjame que salga!
PER. / SILV. — No, no has de salir.
ACIS. / GREG. — Sale usted, o paso.
DIANA / CU-CÚ — ¡Hay que transigir!

(Se dejan abrazar por sus novios y sacan una mano por delante del parabán, de la que se apodera cada uno de los viejos.)

—

PER. / SILV / ACIS. / GREG. —
Déjame, déjame, nena;
déjame darte un besito,
que desahogar este fuego
es lo que yo necesito!
¡Déjame déjame, nena;
no la retires, por Dios;
y tú verás lo dichosos
que al fin seremos los dos!

DIANA / CU-CÚ —
¡Déjame, déjame, basta;
ya nada más te permito,
que eres tú fuego y yo cera
y junto a ti me derrito!
¡Déjeme, déjeme, basta;
suelte la mano por Dios!
(¡No sé, entre el joven y el viejo,
cuál es peor de los dos!)

Hablado

DIANA Salgo en seguida.
CU-CÚ No tardo un minuto.
PER. ¿Pero a qué viene mi... mi tío?
DIANA A convidarnos al Palas.
GREG. Chico, qué mano.
ACIS. ¡Pues ya verás la continuación!
SILV. ¿Qué, vais a ir con ellos?
CU-CÚ Ya que vosotros no nos lleváis...
GREG. Yo creo que han tenido tiempo de vestirse.
ACIS. ¿Te figuras tú que las cupleteras son como nuestras mujeres, que lo mismo les da llevar las medias estiradas que flojas?

GREG. No me hables de nuestras mujeres, que flojeo.

PER. El, o yo; elige.

SILV. Elige: él o yo.

DIANA El, sólo para ir al baile.

CU-CÚ Para ir al baile, él.

DIANA Y tú siempre.

CU-CÚ Y siempre tú.

PER. No me conformo.

SILV. No valen distingos.

DIANA Pues toma la determinación que te dé la gana.

CU-CÚ Pues haz lo que quieras.

DIANA (Saliendo del parabán.) ¡Señores!

CU-CÚ (Idem.) ¡Caballeros!

ACIS. Bella Diana, gentil Cu-cú: mi amigo y compañero don Gregorio Calamocha.

DIANA Muy señor mío.

CU-CÚ Tanto gusto.

GREG. Esclavo de ustedes y zapatero de la Real Casa.

ACIS. ¿Te he mentido?

GREG. Te has quedado corto.

PER. (Hay que vengarse.)

SIL. (No hay más remedio que vengarse.)

ACIS. ¿Conque decididamente mañana a la fiesta del Palas?

DIANA Decididamente.

ACIS. Ya hemos apalabrado unos trajes preciosos; ahí van las señas de la casa; no tienen ustedes más que presentarse con esa tarjeta y se los entregarán.

DIANA Tantas gracias.

GREG. Ya verán ustedes cómo nos divertimos mañana.

ACIS. Y qué derroche de champagne.

GREG. Y si hay baile se baila también.

CU-CÚ ¡Ah! ¿Pero ustedes saben...?

GREG. Sí, señorita; no somos, como quien dice, dos estrellas; pero tampoco creo yo que para dar vueltas por un salón de baile haga falta llegar a campeón.

ACIS. ¡Ca, hombre! Tratándose de dar vueltas, peón y basta.

DIANA ¿Conocen ustedes el baile de moda?

GREG. ¿El de la Ardilla? Ya lo creo que lo conocemos.

CU-CÚ ¿Verdad que es precioso?

ACIS. Ninguno como los de nuestro tiempo.
GREG. Y que lo digas.
ACIS. ¡Aquellos sí que eran bailes!

Música

ACIS. En mis tiempos la gente era calmosa
y el baile era otra cosa
distinta a la que hoy es.
GREG. Era moda bailar en los salones
los cultos rigodones
y el fino vals vienés.
ACIS. Pero hoy día que el mundo ha progresado,
al colmo se ha llegado
de la dislocación.
GREG. Y hase puesto de moda un bailecito
que al baile de San Vito
lo deja en un rincón.

—

LOS DOS Parecen hoy moviéndose
en contra de la estética,
los hombres epilépticos,
las niñas neurasténicas.
No existen danzas típicas
aquí ni en otro lao,
por bailes estrambóticos
a todos nos ha dao.
(A cada esdrújulo hacen una contorsión ridícula.)

II

DIANA Como ahora, también antiguamente
gustábale a la gente
del mundo disfrutar.
CU-CÚ Pero entonces es fama que se hacía
con más hipocresía,
bailando y sin bailar.
DIANA La cachucha, lo mismo que el fandango,
peores son que el tango
según está probao.
CU-CÚ Y el can-can es también un bailecito
que deja tamañito
al chotis agarrao.

—

LAS DOS Hoy todo es rapidísimo,
y pobre del apático
que en la época del vértigo
se quede como estático.

(Los seis hacen contorsiones.)

Lo clásico y lo típico
no tienen ya interés.
¡El padre de lo exótico
el siglo nuestro es!

(Bailan Diana con don Aciselo y Cu-cú con don Gregorio, del modo más ridículo posible, soltándose, volviendo a reunirse y siempre dando saltos; mientras, cantan Periquín y Silverio, que contagiados no dejan un momento de saltar.)

PER. / SILV. ¡Qué viejos más asmáticos,
qué niñas más histéricas,
qué danzas más ridículas
nos traen de las Américas!
¡A impultos de la cólera
también yo saltos doy,
y a causa de esa pérfida
haciendo el oso estoy!

(Al terminar el baile caen rendidos, cada uno en una butaca, don Aciselo y don Gregorio.)

Hablado

REGIS. (Desde la puerta.) ¡Señorita Diana, señorita Cu-cú, a escena!

DIANA En seguida volvemos.

CU-CÚ (¿Pero y esos que se quedan aquí?)

DIANA (Que salgan como puedan.)

(Se van las dos por el foro.)

ACIS. ¡Estoy completamente mareado!

GREG. ¡Todo me da vueltas!

ACIS. ¡Se mueve el suelo!

GREG. ¡Y los parabanes también!

ACIS. ¡Si me viera Catalina!

GREG. ¡Si me viera Cordelia!

(Periquín y Silverio, desde que se fueron las chicas, han cogido los parabanes, y resguardados por ellos han llegado hasta la puerta del foro; ya allí, y coincidiendo con la última frase de Gregorio, los dejan caer sobre los dos viejos y se van corriendo.—Telón de cuadro.)

CUADRO TERCERO

Salón de fiestas en el Palas o donde sea. Gran salón, con todas las cajas libres y profusamente alumbrado. Al foro, el estrado para los Tziganes; delante de él y a los lados, mesitas con manteles y aparatos de luz. El centro de la escena libre.

ESCENA PRIMERA

PÚBLICO (señoritas y caballeros) a las mesas; los TZIGANES en sus puesfos. LA NEGRITA, de odalisca, y CRACK y CRICK de moros, con un tamboril cada uno. Estos hacen salida por la izquierda, y viene ella bailando y ellos tocando el tamboril con un solo palillo

Música

I

CRACK — La perla negra de Oriente
le llaman a Rosalía.
CRICK — Una negra que aun siendo de noche
cuando abre los ojos parece de día.
CRACK — Muley el Sultan famoso
le tiene a la negra ley.
CRICK — Y a su harem se ha propuesto llevarla,
¡mas ella no quiere que la den Muley!
(Dando golpes en el tamboril)
CRACK — Y está el Sultán, tan, tan,
tan azarao
y tan desesperao...
CRICK — Que al gran Santón, ton, ton,
(Idem.)
ha consultao
si está o no está chalao.
NEGRA — Y al gran Santón
te ha contestao
¡es que la negra ya,
te ha entrao!
CRICK, CRACK — ¡Encógete!
¡Estírate!
¡Perfílate!
¡No dejes de bailar, linda criatura!

¡Agítate!
¡Cimbréate!
¡Colúmpiate!
¡El verte así danzar es gloria pura!

II

CRICK — Un negro con muchas onzas
prendose de una blanquita.
CRACK — Con dos ojos azules muy grandes
y una boca muy chiquirritita.
CRICK — Casáronse, y en un año
tal maña en gastar se dió,
CRACK — Que perdió con las onzas seis kilos,
y al cabo sin blanca también se quedó.
CRICK — Y hoy el tontín, tin, tin,
dice acharao
y hasta desesperao...
CRACK — Soy un atún, tun, tun
recién pescao
y casi escabechao.
NEGRA — ¡El juego a blancas se ha cerrao,
y al negro doble lo han ahorcao!
CRICK, CRACK — ¡Encógete!
¡Estírate!
¡Perfílate,
etc., etc.!

(La Negra no ha dejado de bailar. Ellos tocan el tamboril durante todo el estribillo. Al acabar el número se van del mismo modo que vinieron.)

ESCENA II

DOÑA CATALINA, DOÑA CORDELIA, PERIQUIN, SILVERIO y PÚBLICO. Las dos señoras de Odaliscas.

Hablado

PER. — Por aquí, y cúbranse con los velos por si tropezamos con ellos.
CAT. — ¡Ay, Periquín, yo en este antro!
CORD. — ¡Y yo!
SILV. — Ustedes se empeñaron en cogerlos infraganti...
CAT. — ¡Qué sorpresa van a tener!
CORD. — ¡Van a creer que sueñan!
PER. — ¡Que están viendo visiones!

SILV. ¡Y nosotros pagaremos el pato!

CAT. Eso, no; lo prometido es deuda. Y si esas mujeres están conformes con lo convenido...

SILV. Completamente de acuerdo con nosotros.

PER. Ellas nos han confesado esta tarde que no tenían más interés que venir a la fiesta, y como ni éste ni yo disponíamos de dinero para alquilarles los trajes...

CAT. ¡Ay, Periquín, tú novio de una cupletera!...

PER. ¿No me decía usted que me mirase en el espejo de su marido?

CORD. Hay que pagar este servicio a los pobres chicos. Si no fuera por ellos, seguiríamos a estas horas a la luna de Valencia.

CAT. Bien, bien; pues vosotros, que al fin y al cabo sois dos muchachos honrados y trabajadores, os quedaréis al frente de los establecimientos, y los dos matrimonios nos retiraremos al pueblo.

CORD. Sí, sí, hay que sacar a esos desgraciados de este pícaro Madrid, centro de corrupción.

PER. Vamos por aquel lado, que me parece que vienen por allí.

CAT. ¿Con ellas?

SILV. Solos; ellas deben estar preparándose para la danza de los velos.

CAT. ¡Dios mío! ¡Nuestros maridos entre danzarinas!

CORD. ¡Y nosotras de odaliscas!

PER. Están ustedes hechas dos confituras.

SILV. ¡Para comérselas!

(Se van los cuatro por la derecha.)

ESCENA III

DON ACISCLO, DON GREGORIO por la izquierda. Un MOZO

ACIS. (Dentro.) ¡Viva la juerga!

GREG. (Idem.) ¡Vivan las odaliscas!

ACIS. (Saliendo.) ¡Cómo están esas mujeres de tunas!

GREG. (Saliendo.) ¡Y con esos velos tan incitantes!

ACIS. Yo estoy deseando descorrer el velo.

GREG. Y yo. ¿Cuál es nuestra mesa?

ACIS. Aquella; desde allí las veremos bailar.

GREG. Y luego, los cuatro juntos, al gaudeamus.

ACIS. ¿No te parece que fuéramos bebiendo un poquito de champagne para animarnos?

GREG. ¡A ver si se nos sube a la cabeza!
ACIS. Hombre... tan pronto no creo yo que se nos suba.
GREG. ¡Garsons!
MOZO ¿Qué desean los señores?
ACIS. Champagne *frapé* de la *Viude Cliqué.*
GREG. ¡Olé!
MOZO En seguida. (Se va por la derecha.)
ACIS. Y sentémonos, que va a comenzar la danza de los velos.
(Se sientan a la primera mesa de la derecha.)

ESCENA IV

DICHAS, EL VELO BLANCO, EL VELO NEGRO. Coro de SEÑORAS, y después DIANA y CU-CÚ, con parte del coro de señoras. Todas salen vestidas con trajes de odaliscas, de forma igual, pero de colores diferentes, o sea con arreglo a los velos que llevan. Las del velo blanco, de blanco; las del velo negro, de negro; Diana con traje y velo verde, y Cu-cú con traje y velo rojos

Música

V. BLANCO (Hace salida seguida de tres o cuatro Coristas, vestidas iguales a ella y con velos que las cubren.)
Con este velo la virgen cubre
cuando se casa su linda faz.
V. NEGRO (Lo mismo que la anterior.)
Tras este velo la viuda triste
llora en silencio su soledad.
LAS DOS Y EL CORO
Y así la vida vemos
según el velo es:
Si es negro, ¡qué tristeza!
Si es blanco, ¡qué placer!
DIANA (Hace salida con cuatro acompañantes.)
Y aquí está el velo verde
siempre de actualidad,
y en un couplet que os cante
lo voy a demostrar.

I

Tiene un novio chofer Mari-Juana,
según ella de muy buena mano,
que en invierno a sus amos atiende,
pero libre se queda en verano.

Y por eso en los meses de estío
y en las noches que aprieta el calor
a su novia en el auto pasea,
mas de una manera
que verle da horror.

—

Y cuando ella nota
la velocidad,
a él, muy asustada,
diciéndole va...

—

¡Con tiento, con tiento,
con tiento, José María,
que siempre que voy contigo
me expones a una avería!
¡Con tiento, con tiento,
con tiento, por caridad!
¡Por Dios no metas la cuarta...
la cuarta velocidad!

II

Una noche con otros amigos
en la Puerta de Hierro cenaron,
y según malas lenguas afirman
todos ellos allí se achisparon.
Mari-Juana y su novio, en el auto
a la Corte querían tornar,
pero estando los dos como estaban
al fin decidieron
allí pernoctar.

—

Y cuentan que era
cosa de reir
a ella, a medios pelos,
oirla decir...

—

¡Con tiento, con tiento!,
etc., etc.

CU-CÚ (Hace salida con sus acompañantes.)
Y tras de lo verde
nadie dudará
que es pasar al rojo
lo más natural.

TODAS ¡Reine la alegría,
todos a bailar!

(Galop que bailan todas, haciendo juegos con los velos; debe proyectarse sobre ellas un reflector de los mismos colores; del telar deben bajar grandes velos que tengan en los bordes cascabeles y campanillas y que estén moviéndose durante todo el número. Mucha alegria y animación.)

Hablado

ACIS. ¡Sultana celestial!

GREG. ¡Hurí del profeta!

(Dirigiéndose el uno a Diana y el otro a Cu-cú.)

ACIS. La cena está esperando.

GREG. El alcuzcuz nos aguarda.

DIANA Pues que aguarde un poco, que vamos a dar nuestros nombres al Jurado y en seguida volvemos.

ACIS. No tardéis.

CU-CÚ Ni medio minuto.

(Música para el mutis.)

ESCENA V

ACISCLO, GREGORIO, CATALINA, CORDELIA, PERIQUIN, SILVERIO, luego CAMARERO

GREG. ¡Acisclo!

ACIS. ¡Gregorio! ¿Qué me dices de esas odaliscas?

GREG. ¡Qué colección!, ¿eh?

ACIS. ¡De primera! Y pensar que hay quien se dedica a coleccionar sellos, ¡que maldito para lo que sirven!

GREG. ¡Qué noche nos aguarda!

ACIS. ¡Sí que nos espera buena, sí!

GREG. ¿Otra copita?

ACIS. No viene mal.

(Aparecen por la derecha Catalina y Cordelia, que visten igual a Diana y Cu-cú, la una cubierta con un velo verde, y la otra con un velo rojo. Procúrese coincidir en las estaturas de aquéllas y éstas, o, por lo menos, en que no haya grandes diferencias. Con ellas Periquín y Silverio.)

SILV. Allí los tienen ustedes.

PER. Duro y a la cabeza.

(Se retiran ellos.)

CAT. Descuidad.

CORD. Ya estamos aquí.
GREG. ¿Pero todavía con los velos puestos?
ACIS. Descubríos y a la mesa.
CAT. Antes de sentarnos a comer con vosotros, una pregunta.
ACIS. Venga.
CAT. ¿Sois casados, solteros o viudos?
ACIS. ¿Y a vosotras, qué os importa?
CORD. ¿Cómo que no?
ACIS. Pues bien: somos solteros.
CAT. ¿Los dos?
GREG. Los dos.
CAT. A la mesa entonces.
ACIS. Pero antes permitidnos que descorramos esos velos de una vez.
CAT. Imposible; si nos viera con vosotros algún conocido...
GREG. ¿No os hemos dicho ya que somos solteros?
CORD. Es que nosotras no lo somos.
ACIS. ¡Atiza!
GREG. ¿Casadas las dos?
CAT. Por desgracia.
CORD. Y con un par de granujas.
CAT. Con dos sinvergüenzas que nos engañan.
ACIS. ¡Pues a vengaros de ellos!
GREG. Eso, a vengaros.
CAT. ¿Te parece justo, verdad?
ACIS. Justísimo.
CORD. ¿Y a ti?
GREG. ¡De perlas!
CAT. Pues cúmplase tu voluntad. (Da un bofetón a Acisclo.)
CORD. Y la tuya. (Da una bofetada a Gregorio; las dos han de sonar mucho.)
CAM. ¡Va!
ACIS. ¡San Juan Crisóstomo!
GREG. ¡San Serenín del Monte!
CAM. (Presentándose.) ¿Qué desean los señores?
CAT. } CORD. } ¡La cena!

(Se va el Camarero.)

ACIS. (Quitando el velo a Catalina.) ¡Catalina!
GREG. (Quitando el velo a Cordelia) ¡Cordelia! Los dos se quedan como petrificados.)
CAT. (Dirigiéndose hacia la izquierda.) ¡Jóvenes, ya pueden ustedes venir a cenar!
PER. } SILV. } ¡Con muchísimo gusto!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DIANA, del brazo de PERIQUIN y CU-CÚ del de SILVERIO

ACIS. ¡Periquín!
GREG. ¡Silverio!
ACIS. Y con ellas.
CAT. Periquín y Silverio, que van a ocupar vuestros puestos, en castigo a vuestra perversidad.
CORD. ¡Y nosotras a casita!
GREG. ¡Por qué descorreríamos el velo!
ACIS. ¡Qué espantosa... realidad!

Música

(Gran desfile de todas las artistas que tomaron parte en la danza de Los Velos (último número a paso de galop.) Telón.

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta